

El suicidio moderno según Marx

Patricia Lambruschini

Universidad de Buenos Aires - Universidad Nacional de Entre Ríos

plambrus84@gmail.com

Resumen

El artículo examina la perspectiva de Karl Marx sobre el problema del suicidio en el contexto específico de la sociedad capitalista, y trata de vincularlo con su visión sobre el sentido de la vida bajo las condiciones del mundo moderno. Para ello, recupera un escrito de juventud relativamente desconocido sobre el suicidio y otros textos juveniles del autor que resultan significativos para su comprensión.

Introducción

De las diversas formas en que puede morir el ser humano, el suicidio constituye probablemente la que más controversias ha suscitado en el ámbito del pensamiento filosófico, jurídico, religioso y de las ciencias sociales; pero también en el terreno del sentido común influenciado por estos discursos. Las polémicas suscitadas en torno al significado del suicidio se vinculan quizás a la contradicción evidente que encierra esta palabra y esta práctica, que remite al mismo tiempo a la idea y la acción de *matar* y *morir* encarnadas por la misma persona y donde el *victimario* es asimismo la *víctima*. La muerte “por mano propia” ha sido definida y caracterizada de maneras disímiles e incluso antagónicas, dependiendo del punto de vista ético y político de sus intérpretes, y los juicios acerca de la misma raramente han estado exentos de valoraciones.

Así, el suicidio ha sido interpretado como un acto de libertad y como de un acto opresión; como una decisión racional del individuo y como una expresión de alienación y locura. Se lo ha caracterizado como un tipo de muerte bella, heroica y atrevida; pero también como una forma horrenda, pecaminosa y degradante de terminar con la existencia. Y así como el espectro de sus significados es amplio, también lo es el elenco de sus protagonistas, que abarca tanto héroes y mártires como insanos y desesperados (cfr. Giorda, 2015).

A este carácter polisémico y controvertido del fenómeno del suicidio, hay que agregar desde luego que las interpretaciones difieren en función del contexto histórico y social en que se inscriben. Mientras algunas culturas de la Antigüedad tendieron a enaltecerlo, promoviendo el sacrificio del guerrero tras la muerte de su jefe -como los japoneses-, o la inmolación de la viuda tras la muerte de su esposo -como los tracios, escitas, egipcios, celtas o germanos-; en el caso del Occidente medieval y pre-moderno fue determinante el influjo de la visión condenatoria del cristianismo, cuya doctrina indica que sólo Dios puede conceder y quitar la vida (cfr. Cohen Agrest, 2012). En este marco, no parece casual que el término mismo de *suicidio* no se acuñara sino hasta el siglo XVII, en los albores de la modernidad occidental, es decir, de la época que reivindicó la autonomía del individuo frente a la religión, el Estado y la colectividad social, abriendo paso al desarrollo de su voluntad y su singularidad.¹

Finalmente, y tal vez lo más importante, si el suicidio ha generado posicionamientos tan diferentes, se debe a que coloca crudamente sobre el tapete la pregunta por el sentido de la existencia, la cuestión de juzgar si la vida vale o no la pena de ser vivida. Según Albert Camus (1996), no hay problema filosófico más relevante que éste.

Atendiendo a lo dicho, el presente artículo se propone recuperar la perspectiva de un autor en particular, examinando la visión de Karl Marx sobre el suicidio en el contexto específico de la sociedad capitalista. Para ello, se retomará un escrito de juventud relativamente desconocido sobre este tema, así como otros textos juveniles que resultan significativos para su elucidación y comprensión.

Un abordaje peculiar

En el año 1846, durante su exilio en Bélgica, Marx elaboró un trabajo sobre el suicidio

que fue publicado en la revista socialista alemana *Gesellschaftsspiegel* (*El espejo de la sociedad*), dirigida por Friedrich Engels y Moses Hess. Como muchos de sus escritos juveniles, éste permaneció desconocido hasta 1932 y hace pocos años fue editado en español. El texto ha sido calificado como una suerte de “curiosidad” (Bonavena, 2012) en la obra del autor, como un texto “insólito” (Löwy, 2006) o “singular” (Abduca, 2012) y efectivamente lo es.

Su peculiaridad radica tanto en su forma como en su contenido. Por un lado, Marx realiza allí una traducción selectiva y comentada de un informe sobre el suicidio del archivero de la policía parisina Jacques Peuchet², al que le añade una introducción propia, algunas acotaciones breves y ciertas modificaciones en las frases que acentúan la radicalidad de las afirmaciones. En consecuencia, no puede hablarse tanto de un artículo “de Marx”, sino más bien de una reapropiación y una utilización crítica, pedagógica y revolucionaria del informe reseñado. Por otro lado, el escrito se refiere a la vida privada y procura dar cuenta de la opresión de la mujer en la sociedad burguesa, revelando cómo esta degrada la totalidad de los vínculos sociales y exige por ende una transformación de raíz y de conjunto.

En efecto, Marx recupera del texto de Peuchet presentándolo como un ejemplo de crítica *social* y destacando la superioridad de la crítica francesa *de la sociedad* en relación a otras formas de crítica. El contexto de surgimiento de su trabajo “Acerca del suicidio” (2012) es el debate con los filósofos neo-hegelianos y en especial con Bruno Bauer. Se trata de un momento de inflexión en su trayectoria intelectual, que marcará su peculiar tránsito desde la filosofía hacia la ciencia social; desde la crítica del Estado y del derecho a la crítica de la sociedad civil o burguesa; desde el comunismo filosófico al llamado comunismo científico fundamentado en la crítica de la economía política. Los destinatarios del artículo son sus interlocutores en el movimiento radical alemán, a los que Marx quería enseñarles un tipo de crítica concreta. Su objetivo era demostrar mediante casos concretos, que la crítica *filosófica* de la enajenación debía transformarse en una crítica teórica y práctica *de las condiciones sociales* que la generan: las “armas de la crítica” debían fusionarse y traducirse en la “crítica de las armas”.

Desde esta perspectiva, Marx aborda el problema del suicidio bajo las condiciones específicas de la sociedad capitalista, entendiéndolo como un fenómeno social que se expresa en los distintos casos particulares, pero cuyos fundamentos se vinculan a las características del medio socio-histórico en que se producen. Podría decirse que realiza un análisis de tipo “cualitativo”, examinando cuatro casos de muerte voluntaria y tratando de interpretar el significado que ellos entrañan. De los cuatro casos considerados en el texto, tres son protagonizados por mujeres y sirven de ocasión para una dura denuncia de la moral burguesa y de la doble opresión que estas padecen en el marco de la sociedad moderna.

La naturaleza del suicidio moderno

Marx comienza su trabajo destacando la superioridad de la crítica francesa al “ser capaz de dar cuenta de lo contradictorio y anti-natural de la vida moderna, no sólo en relaciones entre clases particulares, sino en todos los circuitos y figuras del intercambio cotidiano de hoy” (Marx, 2012: 63). Su intencionalidad al comentar los pasajes de

Peuchet sobre el suicidio es decisivamente polémica y busca combatir las posturas políticas que se limitaban a plantear medidas paliativas frente a las penurias de la clase obrera, “como si los únicos en soportar las condiciones sociales actuales fueran los trabajadores, como si en lo que respecta al resto de la sociedad, el mundo existente fuera el mejor de los mundos posibles” (ib.). De este modo, Marx remarca de entrada que el problema es el régimen social, cuyas miserias no sólo afectan a los más explotados, sino a la sociedad en su conjunto. Por eso no es casual que, de los casos de suicidio que retoma, tres sean cometidos por mujeres de la burguesía o la pequeño-burguesía y sólo uno por un hombre de los sectores populares. A continuación se realiza una breve síntesis de cada caso, para tratar de definir posteriormente algunos rasgos distintivos del suicidio moderno según el autor.

El primero de ellos es protagonizado por la hija de un sastre que estaba comprometida desde hacía tiempo con un joven de buena reputación. La noche previa al casamiento, la chica y sus padres fueron invitados a cenar a la casa del novio, pero sólo ella pudo asistir. Pasaron una velada agradable con bebidas, risas y cantos de por medio. Bien entrada la noche, “los padres del joven hicieron la vista gorda al tácito acuerdo entre los dos futuros esposos. [...] Apagadas todas las luces, los amantes se encontraron en la penumbra” (Peuchet en Marx; 2012:74). Pero cuando la joven volvió a su casa a la mañana siguiente, encontró a sus padres enfurecidos, que comenzaron a insultarla y denigrarla con todos los epítetos con los que se condena a las mujeres que han caído en la deshonra. En vano intentó retractarse en medio de su angustia. Los vecinos escucharon y se sumaron a hostigarla. La vergüenza y la humillación provocadas por esa escena horrorosa llevaron a la muchacha a la decisión desesperada de suicidarse. Bajó rápidamente en medio de los gritos y se arrojó al agua con su traje de bodas.

El segundo caso es de la esposa de un hombre de una enorme fortuna, amante del arte y el lujo. Al poco tiempo de casarse, él fue víctima de una enfermedad desconocida que lo deformó físicamente, haciéndolo perder su apariencia anterior. Al principio sobrellevó bien su deterioro, continuó organizando fiestas y llevando la vida opulenta que le era habitual. Sin embargo, las bromas continuas, las miradas burlonas y discriminatorias, comenzaron a volverlo suspicaz consigo mismo y su carácter se amargó. Se recluyó en su casa de campo y dejó de ver a la gente, suspendiendo las visitas y salidas. Siendo su mujer el último reducto de su orgullo, se volvió extremadamente celoso, desconfiado y agresivo con ella y la sometió a su propio aislamiento. Permanentemente vigilada y maltratada por su marido y privada de toda distracción, la joven comenzó a tenerle miedo y cayó en una profunda depresión. Cada vez con más frecuencia, él montaba escenas donde la hostigaba psicológicamente hablándole de su propia miseria, insultándola, amenazándola con desfigurarla y haciéndole reproches injustificados. Ella intentaba contenerlo con una actitud compasiva que había reemplazado al amor original. Pero con el tiempo la situación se volvió tan tortuosa y mortificante, que la joven ya no pudo soportarla y resolvió quitarse la vida.

El tercer caso es el de una joven acaudalada que vivía bajo la tutela de sus tíos tras la muerte de sus padres. Una noche, un médico fue interceptado en la oscuridad por una mujer que le suplicó que la escuchara. Aunque no pudo verle la cara, por la delicadeza de su atuendo y sus palabras, notó que pertenecía a una clase acomodada. Con voz trémula, ella le contó que estaba embarazada producto de una relación infiel con el marido de una mujer a la que estimaba mucho. Le dijo que si eso llegara a saberse, caería en

la peor deshonra. Que ella tenía intenciones de matarse para impedir el escándalo, pero su amante la había disuadido y por eso recurría a él, para que le ayudase a practicarse un aborto. El médico quedó helado frente la disyuntiva que le planteaba la mujer. Le sugirió que huyese al extranjero, que lo ocultase con habilidad, pero se rehusó a hacer lo que le pedía. A los pocos días, los diarios le revelaron el secreto: la sobrina de un banquero se había suicidado arrojándose a un pozo de agua y el tío que la había seducido no tenía consuelo.

El último caso corresponde a un integrante de la guardia de oficiales de la casa real que fue despedido sin demasiados rodeos. El hombre intentó denodadamente conseguir otro empleo en el mundo militar y en el ámbito fabril, pero su elevada edad se lo impidió. También trató de incorporarse a la administración pública, pero la cantidad de aspirantes le cerró esta puerta. Desalentado por los sistemáticos rechazos e incapaz de brindar a su pobre familia los medios elementales para su subsistencia, finalmente se quitó la vida. El hombre dejó una carta diciendo que consideraba que era su deber suicidarse, porque había dejado de ser útil para su mujer y sus dos hijas y no quería convertirse en una carga para ellas.

A pesar de sus particularidades evidentes, los cuatro casos de suicidio seleccionados y comentados por Marx, tienen en común el hecho de que la muerte auto-infligida aparece como una vía de escape a diversas formas de opresión, que se expresan en el ámbito privado de la pareja y la familia, pero que forman parte de la cultura y las constricciones propias de la sociedad burguesa. A falta de una alternativa mejor, el suicidio se presenta como “el recurso más extremo contra los males de la vida privada” (Marx, 2012: 98), que son también los males que las relaciones de dominación capitalista acarrear para todos los seres humanos.

Los casos examinados se caracterizan asimismo porque están motivados por el peso insoportable de determinadas condiciones sociales frente a las que el individuo se siente impotente y abatido, constricciones de carácter moral o material que restringen su horizonte vital y frente a las cuales no avizora otra salida posible que no pase por su propia muerte.

Los primeros tres casos se vinculan directamente a la opresión de la mujer y al yugo que representa la moral burguesa sobre las relaciones de género. En efecto, una de ellas se quita la vida ante la ignominia y el descrédito que implicaba para las mujeres tener sexo antes del matrimonio. Otra decide matarse ante la imposibilidad de practicarse un aborto y frente a la amenaza de devenir una madre soltera condenada a la deshonra por haber cometido una relación infiel. Ambas se suicidan constreñidas por el peso de la ideología burguesa según la cual las mujeres no pueden decidir libremente sobre su propio cuerpo y su propia sexualidad. Se ven empujadas a la muerte porque no toleran la censura moral a la que son sometidas y porque ellas mismas juzgan sus actos y se sienten culpables a partir de esos valores hegemónicos.

Algo similar aparece en el caso de la joven maltratada por su esposo. Sus celos enfermizos y el aislamiento al que la confina, reflejan la idea retrógrada de que la mujer no se pertenece a sí misma y de que su marido puede disponer de ella como si fuera de su propiedad. Pero aquí se añade la asfixia psicológica que implican las relaciones de violencia. La mujer se suicida porque, además del encierro, ya no soporta la manipulación,

las amenazas y las agresiones sistemáticas de su pareja. En este punto, hay que destacar que Marx no ahorra críticas al papel de la familia en la sociedad moderna y se expresa de modo contundente sobre el carácter patrimonial del matrimonio y el lugar de sumisión que reserva a las mujeres.³

El último caso referido por el autor se vincula sobre todo al imperio de constricciones materiales; aunque también hay una cuestión de género vinculada al rol de los varones en el ámbito familiar. El suicidio es protagonizado por un oficial militar, cuyas condiciones de vida eran tan modestas como las de cualquier trabajador y que fue despedido sin explicaciones, como ocurre con la clase obrera en los momentos de crisis. El hombre se suicida angustiado luego de varios intentos frustrados de conseguir un empleo y porque es incapaz de sostener a su familia. Se evalúa a sí mismo como un inútil ya que, conforme a las ideas vigentes -y mucho más en el siglo XIX-, es el hombre de la casa el que debe proveer los medios materiales de subsistencia. Las limitaciones impuestas por la miseria económica y la imposibilidad de cumplir con lo que considera su deber moral, es lo que lo lleva a matarse.

A la luz de lo expuesto, resulta sugerente la interpretación de Ricardo Abduca (2012) cuando sugiere que los casos analizados por Marx podrían encuadrarse en el tipo de suicidio que Émile Durkheim denominó *fatalista* y al que le dedicó sólo un pie de página. El suicidio fatalista es “el que procede de un exceso de reglamentación; el que cometen los sujetos cuyo porvenir está despiadadamente cerrado, cuyas pasiones están violentamente comprimidas por una disciplina opresiva”; son todos aquellos casos “que pueden atribuirse a las intemperancias de un despotismo material o moral” (Durkheim, 2004: 289). El sociólogo francés dejó deliberadamente de lado esta forma de suicidio alegando que, aunque caracterizó a los esclavos del pasado, tiene muy poca importancia en las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, el análisis de Marx pareciera considerar este tipo de muerte voluntaria como el más frecuente y distintivo de la sociedad capitalista. En efecto, todos los casos referidos se presentan como huidas desesperadas frente a constricciones de la vida cotidiana que tienen un carácter forzoso, involuntario y se han vuelto intolerables para las personas que las padecen. La nota distintiva de estos casos de suicidio es su connotación eminentemente trágica; el desaliento o la desesperación frente a esas circunstancias que aparecen como una fatalidad y que restringen hasta tal punto los márgenes de acción y decisión individuales, que no dejan otra alternativa que la propia muerte.

Resulta interesante que Durkheim asociara el suicidio fatalista fundamentalmente con los esclavos. Su vigencia en el mundo moderno, ¿no habla acaso de renovadas condiciones de sometimiento? Esto es precisamente lo que buscaba demostrar Marx, ilustrando con ejemplos *reales y concretos* los padecimientos y vejámenes a los que todavía se encuentra sometido el ser humano.

El sinsentido de la vida moderna

Como se dijo al comienzo, si el suicidio provoca una consternación tan peculiar cuando tiene lugar y motiva debates tan profundos, es porque la muerte que no está dictada

aquí por la necesidad natural, sino por la voluntad del sujeto que lo comete. Algo similar ocurre con la eutanasia. Precisamente por tratarse de una muerte *voluntaria*, que ocurre porque la persona ya no quiere seguir viviendo, el suicidio remite inmediatamente al sentido de la vida, al problema crucial de si esta vida merece o no la pena ser vivida.

Por este motivo, no debe sorprender que la caracterización que Marx realiza sobre la naturaleza del suicidio contemporáneo esté estrechamente asociada a su diagnóstico de la vida moderna. En el análisis del autor, se expresa una mirada crítica de los problemas sociales que acarrea el régimen capitalista y también una propuesta de transformación revolucionaria.

Marx remarca desde el comienzo el carácter “contradictorio y anti-natural de la vida moderna”, no sólo en lo que concierne a las relaciones entre las clases, sino en todos los intercambios cotidianos. Gran parte de los extractos que recupera, enfatiza o comenta, apuntan a señalar y cuestionar esas contradicciones como rasgos inherentes al capitalismo. En efecto, destaca que “es *natural a nuestra sociedad* el dar a luz a muchas suicidas” (Marx, 2012: 68) y que “la cifra anual de suicidios, en cierto modo normal y periódica entre nosotros, no es sino un síntoma de la organización defectuosa de la sociedad moderna, ya que en tiempos de hambrunas, de inviernos rigurosos, el síntoma es siempre más manifiesto, de manera que toma un carácter epidémico en momentos de desempleo industrial y cuando sobrevienen las bancarrotas en serie” (ib.: 66). Así pues, los altos niveles de suicidio en determinados momentos críticos son el emergente normal de una organización social estructuralmente defectuosa.

El suicidio es una vía de escape individual frente a los males constitutivos del modo de producción capitalista. Más aún, es incluso “el mismo amor a la vida (el que) conduce muy a menudo a sacarse de encima una existencia detestable” (ib.: 67). Porque ¿en qué se ha convertido la vida bajo este sistema?

En sus *Manuscritos económico-filosóficos* de 1844 Marx ya había señalado la enorme contradicción entre potencia y degradación que lo caracteriza. El capitalismo ha impulsado el desarrollo de las fuerzas productivas a un nivel nunca antes visto, revelando de este modo la capacidad creadora del trabajo humano en el plano material y espiritual. Sin embargo, ese enorme mundo de riquezas convive con una miseria y una degradación crecientes de la clase trabajadora. Este es el punto de partida de su crítica de la economía política que mostrará que la propiedad privada y la acumulación capitalista son el resultado de una relación de explotación, de la apropiación privada de los productos del trabajo ajeno. En esta sociedad que tiende a mercantilizar esferas cada vez más amplias de la existencia, el propio trabajo humano ha caído bajo la condición de una mercancía que se compra y se vende. El proletariado, totalmente despojado de los medios de producción, se ve obligado a trabajar para sobrevivir. De este modo, la actividad vital que caracteriza desde siempre a la especie humana y su vínculo con la naturaleza, y cuyo carácter consciente la distingue de los animales, se degradado hasta convertirse en un simple medio de vida. Al mismo tiempo, la dedicación al trabajo ocupa en la modernidad gran parte de la jornada, pero éste no es una fuente de satisfacción, sino de padecimiento y enajenación. Marx distingue tres dimensiones del trabajo alienado: 1) la alienación con respecto al producto de trabajo, que no le pertenece al productor directo sino al capitalista y se enfrenta a aquél como un poder extraño que lo oprime; 2) la alienación en el propio proceso de trabajo, que es una actividad forzada y degradante. El trabaja-

dor no se reconoce ni se realiza en el trabajo, sino que lo padece y, apenas puede, huye de él como de la peste. No se siente libre en su actividad propiamente humana, sino en sus funciones animales como comer, beber, dormir o tener sexo; 3) y, finalmente, la alienación con respecto a la especie humana misma, ya que al enajenarse de su actividad vital y reducirse ésta a un simple medio para la existencia individual, el hombre también se enajena del género y de los otros hombres.

Según Marx, en todas las sociedades de clase, donde la división del trabajo tiene un carácter necesariamente forzoso y desigual, los individuos son sólo “individuos a medias” constreñidos como están por el lugar que ocupan en la estructura social. Asimismo, en todas ellas, los productos de su trabajo se enfrentan a los hombres como un poder ajeno y hostil. En la sociedad capitalista estos fenómenos alcanzan su máxima expresión, porque ella conduce paralelamente a un fraccionamiento y una socialización crecientes del trabajo, que contrasta con una apropiación cada vez en menos manos. El hombre moderno es un ser completamente fragmentado, escindido de la naturaleza, de los otros hombres y de sí mismo como sujeto.

En definitiva, bajo las condiciones de la sociedad moderna, la gran mayoría de las personas vive para trabajar y trabaja para sobrevivir; la actividad laboral que ocupa gran parte de su rutina cotidiana, es una tarea completamente penosa y deshumanizante; y los hombres sólo pueden apropiarse de una parte ínfima de los productos del trabajo y la civilización. Si a esto se le agrega el deterioro de las condiciones salariales y laborales que acarrearán las recurrentes crisis de sobreproducción y las estrategias de la burguesía para incrementar la plusvalía extraída a las masas laboriosas, está claro que la vida moderna está lejos de ser la mejor posible.

Bajo estas circunstancias deplorables de la modernidad, resulta evidente que la muerte sólo puede aparecer como un corte abrupto y sin sentido, pues la vida misma carece de él. El hombre moderno muere sin haber vivido realmente, por haber estado absorbido en la tarea rutinaria impuesta por la especialización y por las constricciones de clase, y dejando completamente inexplorado un inmenso universo cultural del que no ha podido apropiarse.

Pero como se dijo antes, aunque la opresión de clase es la principal forma de sometimiento en la sociedad actual, no es la única vigente. Se ha señalado que en “Acerca del suicidio”, Marx se enfoca especialmente en la opresión de la mujer y otros problemas asociados a la división de género. Aunque el capitalismo emancipa parcialmente a las mujeres al sacarlas de su lugar tradicional en el ámbito doméstico e incorporarlas al mercado de trabajo, la opresión persiste y asume características específicas dentro de él. La mujer ocupa un lugar fundamental en la reproducción de la fuerza de trabajo y en la inculcación de la ideología dominante mediante la socialización de los hijos. Su propio sometimiento es una poderosa herramienta de control y disciplinamiento sociales. Marx toma nota de esto y realiza una fuerte denuncia de la moral burguesa y de las leyes vigentes en esa época, que consagraban esta relación de sujeción, negando a la mujer su derecho a decidir sobre sí misma y ubicándola bajo la tutela de su padre o su marido.

La crítica de la vida privada que hace en este texto es congruente con su planteo en *Introducción a la crítica de la filosofía del derecho de Hegel* y *La cuestión judía*, trabajos en los que realiza la crítica del Estado moderno y señala los límites de la revolución burguesa.

A contramano de lo que planteaban Hegel y los neo-hegelianos, Marx sostiene que en el Estado moderno -incluso en la república democrática que es su forma más acabada-, no se resuelven las contradicciones vigentes en la sociedad civil y el ser humano lleva de hecho una “doble vida”: una celestial como ciudadano del Estado y otra terrenal como miembro de la sociedad burguesa. El Estado aparece como una comunidad *ideal* separada y contrapuesta a la realidad *material* de la sociedad civil. Aunque él proclame principios y derechos universales como la libertad, la igualdad y la fraternidad ello no impide que la dominación, la desigualdad y los antagonismos sociales continúen existiendo en la sociedad civil. Aunque enarbore los supremos Derechos del Hombre, la dignidad humana continua siendo pisoteada, humillada y sometida a todo tipo de vejámenes. El Estado es pues otra manifestación de la enajenación, porque la libertad y el interés general se realizan en él de manera formal y abstracta, pero no tienen un correlato en la vida efectiva de los hombres, donde siguen reinando la “guerra de todos contra todos” y la opresión de unos por otros. El problema, por tanto, es del régimen social en su conjunto y por eso es necesario que la revolución burguesa meramente parcial, sea superada por la revolución socialista que permitiría superar la alienación social y reorganizar la sociedad de modo que permita llevar una existencia auténticamente humana.

Reflexiones finales: de la alienación a la praxis

Pero en la medida en que el capitalismo no haya sido todavía superado y el “valle de lágrimas” propio de esta sociedad continúe vigente, la vida sólo puede tener sentido *más allá y por fuera* de esta. Marx advierte tres salidas posibles a este sinsentido de la vida moderna: la religión, el suicidio y la actividad revolucionaria.

En efecto, el pensamiento religioso y la bienaventuranza ultraterrena que promete, son el emergente necesario y la contracara ideal de esta existencia miserable. La religión es la forma suprema de la alienación, es “el opio del pueblo” que lo adormece con la esperanza de una salvación futura y una vida mejor que la actual, pero al mismo tiempo es “la expresión de la miseria real y la protesta contra la miseria real” [...] Es el suspiro de la criatura atormentada, el alma de un mundo desalmado” (Marx, 2005: 50). Es, al mismo tiempo, una manifestación de esta vida y una forma enajenada de escaparse de ella. Por eso, “la crítica de la religión es la premisa de toda crítica” pero, desde la óptica marxista, ella sólo podrá ser superada cuando desaparezca el terreno fértil que la hace florecer.

La muerte por mano propia, por su lado, es una salida individual y en el plano de la vida privada. La cuestión del suicidio en el enfoque de Marx podría ser comparada a los rasgos mencionados del pensamiento religioso, ya que constituye al mismo tiempo una expresión de la realidad existente y una huida expiatoria y alienada frente a ella. La muerte voluntaria podría ser interpretada como un “enfrentamiento desplazado” (Abduca, 2012: 36), donde el deseo de poner fin a las formas de opresión y las circunstancias sociales que restringen el horizonte vital, se vuelve contra el propio sujeto que las padece. De allí las resonancias trágicas y desesperadas de los casos referidos en el análisis de Marx.

Sin embargo, estas dos formas enajenadas de escapar al sinsentido de la vida moderna no resuelven el problema de fondo. Resulta evidente entonces que, para Marx, es la *pra-*

xis revolucionaria aquello que puede devolverle un sentido a la propia existencia bajo el capitalismo y a lo que realmente merece la pena consagrarle la vida y la muerte. La *actividad práctico-crítica* se desarrolla en todos los niveles de la lucha de clases. En el terreno *teórico*, como la crítica de todas las manifestaciones ideológicas que contribuyen a legitimar y reproducir la dominación burguesa (esto es, como crítica de la religión, de la moral, del derecho, del Estado, de la filosofía, de la economía política). Y en el terreno *práctico*, como el cuestionamiento activo de las relaciones sociales existentes, mediante la lucha económica por mejorar las condiciones de explotación de los trabajadores y, principalmente, mediante la lucha política por derribar el orden vigente y abrir paso al socialismo. Desde esta perspectiva, sólo una sociedad sin opresión, donde los vínculos sociales sean auténticamente humanos y las personas puedan realizarse y desplegar su libertad, podría proporcionarle un sentido a la existencia y hacer más deseable la propia vida.

Notas

¹ Diana Cohen Agrest señala que el término *suicide* fue introducido por el inglés Thomas Browne en su obra *Religio Medici* de 1635, a partir de las palabras latinas *sui* (de sí) y *cidium* (*caedēre*, matar). Este neologismo se difundió en la lengua inglesa y en 1651 fue incorporado oficialmente al diccionario. Luego se diseminó al resto de las lenguas, siendo adoptado en español en el siglo XIX y en alemán recién en el siglo XX (2012: 71-72). Antes de la aparición de este vocablo, sólo se utilizaban perífrasis o términos emparentados para dar cuenta de este fenómeno.

² Jacques Peuchet (1758-1830) se desempeñó sucesivamente como artista, abogado, economista, y funcionario de la policía. Participó de la Revolución Francesa, para luego ser parte del partido realista, simpatizante de Napoleón y, finalmente, archivista de la Policía de París durante la Restauración.

³ En un párrafo crucial agregado al texto de Peuchet, Marx sostiene: “la desgraciada esposa fue así condenada a la esclavitud más intolerable, controlada por el señor de M con la ayuda del *Code Civil* y el derecho de propiedad. Base de las diferencias sociales que vuelven al amor independiente de los libres sentimientos de los amantes, y que permitía al marido celoso encerrar a su esposa con los mismos cerrojos con los que el avaro cierra los baúles de su cofre. La mujer es parte del inventario” (Marx, 2012: 83).

Bibliografía

Abduca, Ricardo (2012), “Marx y la cuestión del suicidio. Hipótesis de lectura” en Karl Marx, *Acerca del suicidio*, Buenos Aires: Las cuarenta.

Bonavena, Pablo (2012). “Karl Marx: Acerca del suicidio” en *Conflicto Social*, octubre de 2012.

Camus, Albert (1996). *El mito de Sísifo. Ensayo sobre el absurdo*. Buenos Aires: Losada.

Cohen Agrest, Diana (2012). *Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Giorda, Franco. (2015). “El sentido del suicidio. El conflicto de significado en torno a la muerte voluntaria”. Jornadas de Investigación en Comunicación y Filosofía “Diálogos ante la muerte”. Facultad de Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de Entre Ríos.

Durkheim, Émile (2004). *El Suicidio*, Buenos Aires: Gorla.

Löwy, Michael (2006). “Um Marx insolito” en Karl Marx, *Sobre o suicidio*, San Pablo: Bointempo.

Marx, Karl (2004). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*, Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Marx, Karl (2004). *Sobre la cuestión judía*. Buenos Aires: Prometeo.

Marx, Karl (2012). “Acerca del suicidio” en *Acerca del suicidio*, Buenos Aires: Las cuarenta.

Marx, Karl (2005). *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Buenos Aires: Ediciones del signo.